

ANALISIS SOCIOLOGICO DE NUESTRA CULTURA



INTRODUCCION

Enfoquemos el análisis de la cultura a través de un punto de vista sociológico. Desde este ángulo de estudio, la cultura es un hecho social. Es el producto de la sociedad, de una sociedad concreta. Y cada sociedad, cada grupo social, tiene su propia cultura. Algunos sociólogos hablan incluso de sub-culturas, o de culturas parciales englobadas dentro de una cultura más amplia, en correspondencia a los distintos grupos sociales que integran una sociedad política.

La cultura tiene una doble dimensión. Por un lado es la herencia de una sociedad. Concretiza el patrimonio de ese grupo humano, que en ella ha plasmado su ser social. La sociedad es dinámica, y dinámica será también la cultura. Va cambiando lentamente, con la renovación de los miembros y generaciones del grupo. Incluye las creencias, los valores y las costumbres de ese conglomerado social. Se va gestando lentamente, y lentamente se va cambiando, con las distintas concepciones del mundo, con las cambiantes necesidades del grupo, y con el influjo de otras sociedades. Por la cultura de una sociedad podemos descubrir la estructura y la vida de la misma. Pero, por otro lado, la cultura es el instrumento de socialización y de recreación de la misma sociedad, en los nuevos miembros que va integrando. Este aspecto lleva a una tendencia estática de la sociedad, que le da consistencia e identidad consigo misma, a través de las diversas generaciones, pero se enfrenta con una tensión dialéctica frente a las mismas que tienden a infundirle su impronta propia, y a ir modificando paulatinamente.

Analicemos algunos elementos de nuestra cultura que, aislados, pueden volverse incomprensibles, pero que en su contexto cultural responden a la estructura social y la expresan a su vez.

I.- UN ELEMENTO TIPICO: EL MACHISMO

a) Fenomenología:

Es muy corriente encontrarse con este fenómeno cultural en cualquier análisis sociológico, o psico-social. Yo mismo me he referido a él en alguno de mis artículos (cfr. ECA, enero-febr. 1974 "Familia y Paternidad Responsable", y ABRA, nos. 3 y 4, 1975, págs. 13 y ss. y 15 y ss.).

Me voy a referir aquí al Machismo estrictamente entendido, es decir, a lo que en los artículos citados he denominado como "machismo masculino". Las manifestaciones de este fenómeno son las siguientes: valor y arrojo, fortaleza física, valentía y agresividad, fácil y experto uso de las armas (con preferencia, la pistola), un cierto elitismo social, menosprecio por el trabajo manual y preferencia por el liderazgo ganado en justa lid; buena prestancia física, atuendo distinguido dentro de su categoría social; éxito con las mujeres, múltiples y fáciles conquistas amorosas, gran actividad genital, menosprecio de quehaceres familiares y domésticos como indignos de él.

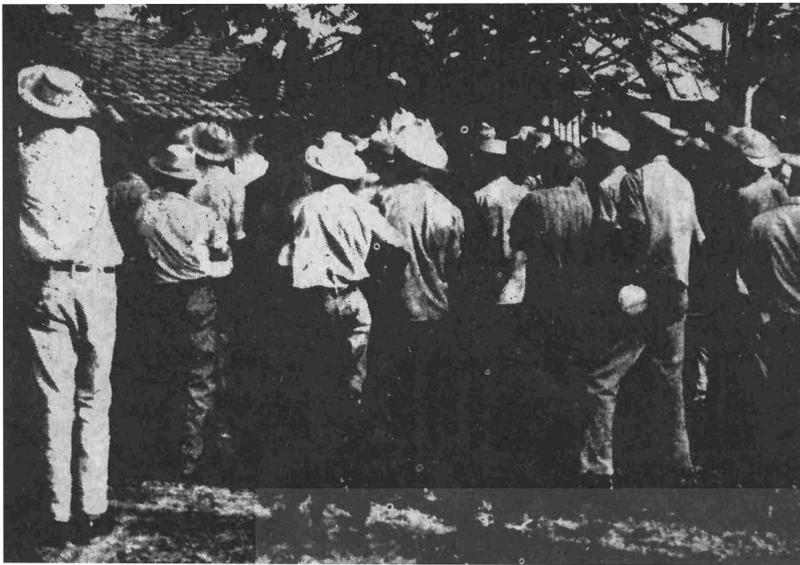
Este conjunto de características, con otras, quizás similares que se le podrían añadir, componen un modelo, o tipo, generalizado, cuyo símbolo representativo analizaremos después. Y este fenómeno lo encontramos difundido en la cultura —o en las culturas— de toda América, aunque tal vez en dos versiones distintas, una para la América sajona, y otra para la América Latina.

b) Elemento cultural:

Ese Machismo, así descrito, es un fenómeno cultural. No sólo porque aúna los elementos culturales, ya aludidos, de creencias, valores y costumbres, plasmados en las características presentadas anteriormente, sino también porque tiene la doble dimensión, de herencia y de socialización; además de que es un fenómeno universalizado en la sociedad.

El machismo no se reduce a simples ideas, valores o costumbres. No es algo abstracto, inmaterial. Está plasmado en formas muy concretas de existencia humana. Está simbolizado. Hay un prototipo. Es el jinete, en un caballo brioso y bien enjaezado, con su(s) pistola(s), y "bien tipo". La versión más corriente será el "ranchero" mexicano, o el "vaquero" del Oeste Americano. Se dan modalidades diferentes, de "machos" a pie, sobre todo en la población urbana, con variaciones consecuentes para las distintas categorías sociales, pero que imitan fundamentalmente los patrones machistas del prototipo indicado.

En cuanto a la dimensión hereditaria, este patrón machista es una herencia que se transmite de generación en generación, como algo adquirido de antiguo, y cuyos orígenes se remontan a los siglos anteriores. En este prototipo están plasmadas ciertas ideas y concepciones del mundo y de la vida, ciertos valores



juzgados necesarios para la sociedad, y costumbres o tradiciones seculares.

Pero, además, posee la dimensión de socialización y configuración de las nuevas generaciones. Se transmite de una a otra, casi como un ideal, que va configurando el ser de la sociedad. Y para ello se utilizan los recursos más eficaces. El grupo social, principal socializador, lo transmite y lo exalta. Y el medio de socialización más eficaz y penetrante de nuestra época, los medios de comunicación de masas, lo inculcan insistentemente. Las dos primeras páginas interiores de los periódicos, dedican profusamente su espacio a manifestaciones de ese fenómeno machista, en el cual se alimenta morbosamente el lector. La música más inteligible, es la más oída por el pueblo, es la música ranchera, exaltadora del prototipo machista. El cine que contempla el pueblo —desconocedor de lenguas extranjeras, y poco hábil para la lectura de letreros traductorios— es preferentemente de películas machistas; pero incluso las personas cultas representan una gran demanda de películas de “vaqueros” y de “acción”, todas ellas configuradas conforme a patrones machistas. Finalmente, la Televisión dedica la mayor parte de sus programas a películas del Oeste y policíacas, con alta dosis de machismo; e inclusive en las telenovelas es frecuente que aparezca algún galán dotado de las mismas características. Este proceso de socialización va modelando la personalidad de las nuevas generaciones, de acuerdo a la cultura heredada.

C. Análisis .

Analicemos el fenómeno del machismo a través del prototipo: el “ranchero” —y, con sus debidas adaptaciones, el “vaquero” del Oeste—. En ese personaje podemos percibir la imagen del “conquistador”. Viene a caballo, con armas, con vestidos vistosos y llamativos, arrogante y dominador, tiene dimensiones corporales ordinariamente superiores a la de la población indígena, prestancia y aspecto atractivo, joven y ardoroso, sometido a una forzada abstinencia sexual durante el largo viaje, es conquistador en todo el sentido del término. Este personaje se impone por las armas y por la destreza física, sojuzga a los indígenas, y los domina, se entrega fácil e impositivamente al amor y a la conquista de las mujeres que las considera como derecho conquistado, y se convierte en miembro de la clase dominante, en la política, en las armas, y en la economía.

La conquista no se concluye ni se afianza con el desembarco ni con las primeras victorias. Hay que dominar extensos territorios. Hay que emprender expediciones increíblemente largas, penosas y arriesgadas. No hay lugar para las mujeres, en tales empresas. Para la conquista se necesita el arrojo, la valentía, el diestro manejo de las armas y del caballo, la resistencia, la juventud, la audacia. Como premio, además de las posibles riquezas, tendrá la admiración y la entrega entusiasta de las mujeres, o su sometimiento por la fuerza.

La nueva sociedad que se crea, y la cultura que se le impone, necesitan de esos valores, los exaltan y los premian. Y es la clase dominante la que los aprecia y fomenta. Por un lado, dentro de esa clase, los valores enunciados, que se pueden resumir en el término “machismo”, se incorporan a la nueva estructu-

ra, y a la nueva cultura; se los defiende como necesarios para sus subsistencia, y se educa y socializa a las nuevas generaciones conforme a esos patrones —en cuanto a su proyección femenina, es necesaria la maternidad abundante, no sólo para proveer de guerreros para la conquista, sino también de hombres que pueblen los vastos territorios y proporcionen mano de obra copiosa; se necesita la maternidad, se la exalta, y se la incorpora como elemento cultural—. Por otro lado, la clase dominada, y la raza dominada, no sólo tiene que someterse a la estructura de dominación, sino que además están sometidos a un proceso de transculturación enmarcada en tales valores. Por otra parte, también, el único acceso a una situación de menor dominación y postración, es el introducirse en el proceso cultural de latinización, o de imitación de los modos de vida y de los patrones de comportamiento propios de la clase y raza dominante. Como único camino para acercarse algo al poder y al prestigio, el indígena y el mestizo tendrán que aceptar la cultura impuesta, y aspirar a imitar los ideales de los dominadores. Este proceso hace que tales patrones se vayan introyectando incluso en la población dominada.

Desde este momento, se convierte en patrimonio cultural. Después, los mecanismos de culturización y de socialización, y el rígido control social, se encargarán de perpetuarlo. Así es como, a mi parecer, el machismo se ha convertido en un fenómeno universal de nuestra cultura.

II.— UNA VISION DE LA SOCIEDAD: DICOTOMISMO MANIQUEO

a) Fenomenología:

En la percepción del mundo, de los hechos y de los hombres, buscamos el encasillarlos, para un mejor análisis referencial, en determinadas categorías mental—valoradas. Pero nuestro esquema cultural básico está dividido en dos categorías radicales: BUENO y MALO. Tendemos a prescindir de —y a eliminar— lo neutro y a ubicar a cada hecho y a cada persona dentro de una de las dos categorías. La ubicación no se da “a priori”, sino que se conquista, por una acción, real o atribuida, que dice referencia a esa categoría. Una vez ubicado y etiquetado, es casi imposible la reubicación en la categoría antitética. No sé si el fenómeno se deba a nuestra estructura psico-mental congénita, o a un simplismo cómodo e inercial. Yo me inclinó a pensar que es un fenómeno cultural.

Intentaré penetrar en esta realidad dentro del marco de nuestra cultura. "occidental" de estructura capitalista, aunque considero que en la estructura socialista el esquema es idéntico, sólo que los criterios de ubicación en cada categoría a veces son los contrarios.

En "nuestro mundo" las naciones son buenas o malas, los grupos humanos son buenos o malos, las personas son buenas o malas, los hechos son buenos o malos, e incluso las cosas son buenas o malas. Yo —cada uno—, por supuesto, soy —es— bueno. Este esquema se encuentra tipificado, entre otros múltiples ejemplos, en las películas de vaqueros. En ellas están los "buenos" y los "malos". Su caracterización es tal que de inmediato los distinguimos. Los "malos", o van de negro, o mal vestidos; son feos y de rostros duros; malencarados y anti-páticos. En cambio, los "buenos" son agradables, alegres, simpáticos, humanos.

Continuamente formulamos —y sentimos—, sin ningún análisis que acepte puntos intermedios, ni se acerque objetivamente a la realidad compleja, juicios dicotómicos: los países capitalistas son buenos, los comunistas son malos; el desarrollo es bueno, el subdesarrollo es malo; los scouts son buenos, los hippies son malos; las clases dominantes son buenas, las oprimidas son malas; un árbitro es bueno, o malo; la riqueza es buena, la pobreza es mala; el alto nivel de escolaridad es bueno, el bajo —o nulo— es malo; los ricos son "cultos", de "buena familia", "respetables", "honorables", a priori son buenos, y habrá que probar lo contrario; los pobres son "incultos", "haraganes", "bolos", "resentidos", "irresponsables", "peligrosos", a priori se desconfía de ellos, y habrá que probar que son buenos.

Podríamos seguir presentando sin término ejemplos y juicios similares, que nos muestran ese esquema dicotómico en toda su amplitud. Por supuesto, ni usted ni yo formulamos esos juicios, pero ¿verdad que mucha gente, sí? Es que nosotros somos "buenos", y ellos son "malos".

b) Elemento cultural:

Este dicotomismo, que podía haber sido presentado de otra forma, pero reflejando la misma realidad, es, creo yo, un fenómeno cultural universal en nuestro marco de referencia. Engloba creencias y valores, e incluso se plasma en formas concretas de comportamien-

to. Es un elemento ancestral, heredado y transmitido de generación en generación, y se convierte en instrumento de socialización de los individuos.

Ya Aristóteles —no sé si con originalidad, o por haberlo heredado— presenta la realidad compuesta por dos elementos: materia y forma. Todas las religiones plantean la dualidad: bien-mal. La concepción semítica: Dios-demonio, Dios-pecado, Dios-mundo, es la que más influye en nuestra cultura. La filosofía aristotélica y la concepción semítica se adaptan perfectamente, para conformar la teo-filosofía cristiana clásica. El mundo es materia, Dios es espíritu (forma pura). El hombre es una extraña mezcla de ambas, y se lo define como "animal racional"; no es un ser nuevo y distinto, algo en sí, es una combinación prácticamente irreconciliable. La doctrina maniquea es la que lleva esta concepción a sus más extremas consecuencias: la materia es mala, el espíritu es bueno; la materia es pecaminosa, y debe ser destruida, o sometida al espíritu.

Una vez constituido en criterio y valor propio de la sociedad, se utilizan todos los mecanismos de socialización y de control social, para conformar a los nuevos miembros de acuerdo a él. El ascetismo antiguo y medieval están dirigidos a someter a la materia —"mala"— al poder del espíritu —"bueno"—. Y lo mismo se diga a la visión de la sexualidad, de la economía, y de tantas otras concretizaciones de esa concepción. El hombre es "animal racional", y será tanto mejor cuanto más haga triunfar lo racional sobre lo animal. La "educación" irá dirigida a desarrollar y enaltecer las cualidades del espíritu: la inteligencia, el "otium", el arte, . . . La mayor parte de la gente tiene que preocuparse —y estar anegada— por la materia: la comida, el trabajo, el sexo, . . . A tales personas se las tiene lástima, o se las desprecia. En todo caso se las evita; con "malos".

La educación siempre ha ido dirigida dentro de este parámetro. En la casa, en el grupo social, siempre separados. No se deja mezclarse, y jugar, a los niños "bien" con los de las criadas, con los del barrio. Se crean instituciones educativas, pero con alumnos segregados según su categoría social; y si se ocupa el mismo edificio, será en turnos separados. Hoy se habla de democratización de la enseñanza, pero los ricos no envían a sus hijos a centros públicos; y cuando algunas instituciones privadas abrieron tímidamente sus puertas a otro tipo de alum-

nos, se entabló una gran lucha en contra de la integración. Cuanto más cara es la colegiatura, mayor demanda tiene el centro. Y eso, no tanto por "status", sino para que sus hijos "se eduquen bien", y no se mezclen.

Los medios de comunicación de masas, con su poder socializador, se conforman al mismo esquema. Los periódicos nos presentan, día a día, un modelo a estimar e imitar: los "buenos" —tanto en naciones, como en grupos y personas—, y esto en las noticias, en las sociales, e incluso en los deportes y anuncios; y una lacra a repudiar: los "malos" —dentro de las mismas categorías—. El cine y la televisión rara vez no siguen el esquema de "buenos—malos", ya sea con vaqueros, policías y detectives, amantes y románticos. El radio, en cuanto a noticias y anuncios, son periódicos hablados; la música se ciñe bastante al esquema presentado.

c) Análisis:

La cultura es tal porque sirve a un fin que la sociedad pretende. Si determinadas creencias, ideas, valores y comportamientos se convierten en elementos culturales porque satisfacen a las necesidades de esa sociedad. La sociedad los integra, los hace cultura, porque cree en ellos, los necesita, y tiene que defenderlos. La sociedad es terriblemente conservadora. Una vez enfrentada a una realidad concreta, y encontrado el sistema de adaptación a la misma, y la solución a sus necesidades, intenta mantenerse idéntica a sí misma e impedir el cambio de la realidad y de la estructura social. Si acepta variaciones en la realidad y en sus miembros, es contra su voluntad, y tratando de amoldarlos, asimilarlos, y conformarlos con ella misma.

No es preciso ser marxista para analizar la estructura social dicotómica a lo largo de la historia, y la no-independencia de la cultura respecto a la estructura social. Ya Aristóteles sostenía que había dos clases de hombres, por nacimiento: unos nacidos para mandar, y otros nacidos para obedecer y trabajar; y la justicia, la moralidad, y la felicidad, —igualmente dual— consistía en adaptarse a la naturaleza respectiva. Que nos conste, desde Aristóteles, por lo menos, hasta hoy, tanto a nivel de naciones y de grupos, como de personas, siempre ha habido unos que mandan, que disfrutan, que triunfan y son felices, y otros que obedecen, que trabajan, que padecen y que son desdichados. Los primeros son los que detentan la cultura, los que pien-

san, los que hablan, los que escriben, los que formulan, los que nos la transmiten; y con el poder que tienen, a todo nivel, transculturizan incluso a los segundos. Los primeros son los "buenos", y todo lo suyo es "bueno". Los segundos son los "malos", y todo lo suyo es "malo", porque amenaza, o al menos cuestiona, los privilegios de los "buenos". La solución será destruir el mal o, si eso no parece "bueno", someterlo, convertirlo, redimirlo, para que los malos se hagan buenos. Este proceso de socialización introyecta en los malos la imagen y cultura "buenas", y se convierte en la aspiración, anhelo y meta para ellos, reproduciendo el esquema, o frustrándolos, si no logran realizarlo.

III.— UNA AXIOLOGIA: EL RELATIVISMO

a) Fenomenología:

Al enfrentarnos con la realidad humana y social, inmediatamente la encasillamos en una de las dos categorías "bueno—malo". Sin embargo, los criterios de asignación son relativos. Un mismo hecho, por unos es considerado "bueno", y por otros, "malo". Un fallo arbitral, para unos es bueno, para otros es malo. Una decisión política. Un acto humano. Una coacción. Un gesto. Un símbolo. Y lo mismo se diga de elementos más estructurales: determinada organización socio-política, un cambio so-

cial, una acción. Una muerte es considerada heroica o suicida. Una acción, liberadora o subversiva. Un informe, traidor o colaboracionista. Un movimiento, guerrillero o liberacionista. Un cambio, progresista o reaccionario. Una estructura, nacionalista o entreguista. Según con qué grupo se identifique. Según en qué nación viva. Según a qué bloque se afilie.

Para un observador imparcial —si eso fuera posible—, o para una persona analista, este fenómeno origina perplejidad o escepticismo. Para una persona críticamente inmadura, por edad o por falta de formación, crea condicionamientos confusos y altamente deformantes.

Una vez más, el cine puede ayudarnos a visualizar el fenómeno. Y no sólo por el impacto y universalidad que actualmente detenta, sino, además, porque en él se plasman de una manera especial los factores culturales, al presentar esquemas de vida y comportamiento, o modelos para imitar.

Analicemos las películas del Oeste, las policíacas, y algunas de plantea-

mientos "políticos". En estas películas hay "buenos" y "malos". Una muerte producida por los malos es un crimen; por los buenos, justificable para el orden y la paz. Las torturas, de parte de los malos, son salvajes; de parte de los buenos, perdonables. Si los malos violan leyes de tránsito, pasan altos y semáforos, amenazan o agreden a otros circulantés, son asesinos; si lo hacen los "buenos", en persecución de los "malos", se los mira con simpatía, y se tolera. El chantaje y la presión psicológica para obtener información, de parte de los malos, es inhumana; de parte de los buenos, es excusable. El alcoholismo en los malos es un vicio; en los buenos, parte de las relaciones públicas. La violación, la conquista de mujeres, en los malos es abominable; en los buenos, a lo más una debilidad. El que los buenos se organicen y defiendan para proteger sus intereses, es loable; que lo hagan los malos, es antisocial, o subversivo, un delito. La clandestinidad en los malos es agravante; en los buenos, astucia. El asaltar un banco, o el quitar dinero a los ricos para dárselo a los pobres, es un robo; el fírselo quitando centavo a centavo a los pobres, para que lo disfruten los ricos, es lo admitido. Lo desconcertante es que en el bando contrario la visión es totalmente la opuesta.

Indudablemente el cine es arte, es idealización o esquematización de la realidad. Por más real que aparente ser, la vida no es como aparece en la pantalla, no es tan bella ni tan poética.

b) Elemento cultural:

Albert Einstein formuló hace pocos años la teoría de la relatividad para el mundo físico. La humanidad había descubierto, y aplicado, la relatividad ética prácticamente desde sus inicios.

En "nuestra cultura" siempre se ha sostenido que hay valores eternos y



absolutos. Pero la realidad es relativa. Y cultura no es sólo lo que se dice; también lo que no se dice, lo que se piensa, lo que se siente, lo que se practica y se vive. Se socializa, es cierto, con la palabra, pero también, y sobre todo, con el ejemplo y la experiencia de vida. Hemos heredado una axiología, de hecho, relativista. Generación tras generación se ha socializado en esa ambivalencia axiológica: teóricamente absoluta, prácticamente relativa. Y en esa cultura estamos socializando a las nuevas generaciones.

Ya desde el pueblo hebreo, el acceso a la tierra prometida, la invasión de territorios por la fuerza, era una acción santa; pero las guerras de los otros pueblos contra el de Israel, eran impías. Los romanos tenían a los pueblos de Europa por bárbaros; éstos a aquéllos, por corrompidos. Las Cruzadas fueron bendecidas por Europa; maldecidas por Asia. Las guerras musulmanas eran santas; pero para los cristianos, sacrílegas. La colonización y explotación de América y de otros continentes era un bien para esos pueblos, al recibir la cultura, la religión y la técnica; ¿cómo la juzgan los sometidos? Las rebeliones, las luchas por su independencia, ¿las ven igual las metrópolis y las colonias?

En las guerras se ha condenado la atrocidad del adversario, y se ha justificado la de uno mismo. Los gobiernos practican la represión, la cárcel y las torturas, por razones de paz, de orden y de libertad; a esto, otros lo llaman violencia institucionalizada. Hay movimientos que emplean atentados, muertes y saqueos, para alcanzar la justicia y la libertad; a esto, los gobiernos lo llaman violencia subversiva. El expolio de tierras comunales y de ejidos de 1881 fue saludado por muchos como un acto patriótico; por el pueblo, como un robo traidor. La Reforma Agraria que se anuncia en 1976 es tildada por unos de comunista; para el pueblo es una esperanza de salvación. La piratería aérea es condenada; la acción israelí en Uganda, enaltecida. Los países ricos quieren que los pobres limiten su población, para no agotar los recursos naturales; pero se burlan de la insinuación de éstos para que ellos reduzcan el consumo, y reparan con los menos privilegiados. Los países "civilizados" están contra el robo y el saqueo; pero exhiben en sus museos los tesoros artísticos y arqueológicos de los pueblos dominados. ¡Así se salva la cultural gritan para que los crean. Se ha propiciado las asociaciones de productores; pero se ha impedido las de campesinos. Los varones deben tener experiencia; pero las mujeres han de ser vírgenes.

Los norteamericanos pueden enviar tropas a cualquier parte del mundo; pero no los cubanos.

Es interminable la lista de planteamientos duales, relativistas. Aunque se diga lo contrario, la realidad se vive de este modo. Así nos hemos socializado. Así vivimos. Esta es la cultura que heredamos, y la que transmitimos. En el hogar, en la escuela, en la calle, es la axiología que se respira.

Los medios de comunicación refuerzan poderosamente esta concepción. Cuántas películas se han filmado sobre los alemanes, que siempre pierden, son ingenuos, simples y hasta tontos, crueles y sanguinarios; y los aliados, siempre inteligentes, nobles, vencedores. ¡Qué extrañol Se filman películas sobre los "malos", sus vicios, sus crueldades, su degeneración; ¡y los buenos son un encanto! ¿Cómo serían las películas sobre los "buenos", filmadas por los "malos"? Se filma la violencia subversiva y las guerrillas; la violencia institucionalizada no se filma, o no se exhibe. Los periódicos occidentales presentan al paraíso capitalista; los orientales, el comunista. Aquéllos denigran al comunismo; éstos, al capitalismo. En nuestros periódicos se muestran las lacras de Rusia, China, Cuba, . . . ; nada cuentan de sus logros. Sabíamos de las atrocidades del Vietcong, pero no de las del Sur. Con Allende Chile siempre era noticia, todos los días ocurría algo malo ; ahora, descansan en paz. Los tupamaros eran denigrados; pero no se exhibe "Estado de sitio". Con la revolución izquierdista, diariamente Portugal era traída; hoy ya no interesa. Se denuncian las torturas, purgas, represión comunistas; se silencian las de Paraguay, Uruguay, Brasil, Chile, . . . Se exaltan y anuncian las bebidas; y se condena al que está "bebido" Se ensalza el consumo; se desprecia al "consumido". Se propugna la productividad; pero no se habla del expolio de las multinacionales. Las canciones glorifican el éxito, el consumo, el "amor", la astucia; o hacen millones cantando al pobre y al oprimido. Si esta es la forma de socializar, el futuro no será muy distinto.

c) Análisis:

Cada grupo humano se enfrenta a una realidad y a unas necesidades que atender. Elabora un sistema concreto para resolver sus problemas. Crea una cultura que lo sustente y le dé una estructura social. Y trata de defenderla y perpetuarla. Y todo lo que la cuestione, la pone en peligro. Y todo lo que atente contra la misma, desde dentro o desde fuera, es un peligro, una amenaza, es "malo", es subversivo. No es simplemente otro, es el enemigo. No se reconoce al hombre, o al grupo, que también tiene que subsistir y organizarse; es adversario, es "malo", y sus obras son malas; se ignoran sus logros, sus virtudes, sus sufrimientos, sus sacrificios.

Desde que el hombre es hombre, ha habido una división dualista: unos que mandan, y otros que obedecen, unos que dominan, y otros sometidos. Y este esquema se reproduce a nivel micro y macrosocial. Siempre existieron países conquistadores y países dominados. Pero este fenómeno es más agudo hoy; el mundo se divide en dos grandes bloques, y en cada uno existe el centro hegemónico y sus satélites dependientes. Así se aúnan los intereses imperantes, y se crea una estructura que favorece a esos poderes. Todo lo que atente contra ellos, desde dentro o desde fuera, es "malo"; todo lo que lo cuestione, "subversivo". Y este esquema se va repitiendo a todos los niveles de organización social.

Se formulan derechos humanos universales, pero eso es un mito. Se enuncian principios y valores eternos y absolutos, pero para dentro del grupo, excluyendo al "enemigo". Se absolutiza el derecho a la vida, pero de los míos. Se prohíbe el robo, de lo mío. Se condena la difamación, la mía.

No hay valores absolutos; son relativos. Sigue siendo válido que "homo homini lupus". Así es nuestra cultura. La otra no existe.

Habrá paz, habrá justicia, habrá fraternidad, cuando construyamos una cultura de valores realmente absolutos. Cuando la vida sea un valor en sí; se trate de la tuya o de la mía. Cuando el atropello a la persona y a sus derechos sea un mal en sí; sea yo o sea el vecino. Cuando se proscriba el atropello a los derechos a la integridad, al honor, a la conciencia, de todo individuo; sea el que sea.

¿Será una utopía?